

Nord Stream 2

El gasoducto de la desunión

Por Álvaro Conde



Nord Stream 2, el nuevo gasoducto que unirá directamente Rusia y Alemania, y que permitirá circunvalar totalmente el paso habitual por Europa del este, no solo es un asunto central en la [política energética comunitaria](#) también tensa las relaciones con Estados Unidos. Asimismo, el proyecto abre un debate más amplio en las capitales europeas: el de las relaciones económicas y geopolíticas entre Bruselas y Moscú.

La energía es la base del poder y la riqueza de cualquier nación, pero también es un gran negocio para un pequeño oligopolio de empresas, lo que la convierte en una cuestión crucial en la economía y la seguridad. El mejor ejemplo es el gasoducto Nord Stream 2, un proyecto controvertido que duplicará la capacidad de transporte de gas natural que Rusia exporta directamente a Alemania sin pasar por países como Ucrania o Polonia, y que podría poner en jaque la política energética común de la UE.

[Breve manual de instrucciones para entender la Unión Europea](#)”,

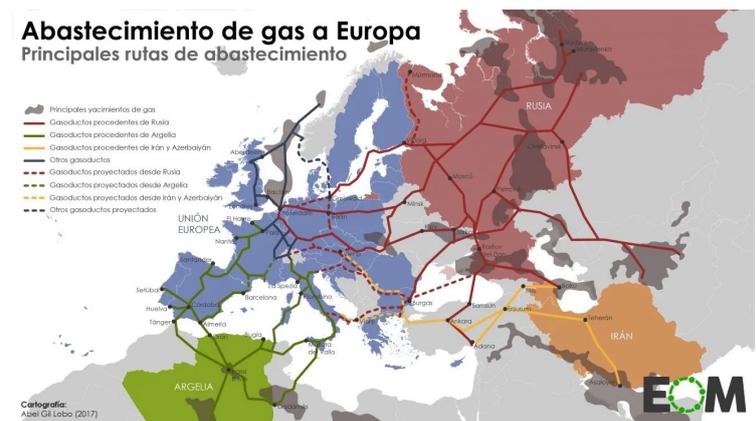
La seguridad energética de la UE

La política energética está íntimamente ligada a la política climática y a la exterior. Esto es especialmente cierto en la UE, el mayor importador de energía del mundo —por valor de unos mil millones de euros al día—, y donde todos los Estados miembros son importadores netos de energía. Para Bruselas es crucial asegurar un suministro estable de energía, y la Comisión Europea lleva quince años marcando el rumbo de la política energética comunitaria apostando, entre otras medidas, por poner en marcha una unión energética a nivel europeo, y solventar la vulnerabilidad de la UE frente a las crisis energéticas externas.

Aumentar la seguridad energética es precisamente uno de los mecanismos propuestos para conseguir los objetivos estratégicos de la Unión de la Energía, mediante la diversificación de oferta, fuentes de energía, proveedores, y rutas de suministro. A este hay que sumar otros tres: reducir la demanda aumentando la eficiencia energética; emplear mejor los recursos energéticos propios, incluidas las energías renovables; y perfeccionar el mercado energético interno, aumentando las interconexiones e intercambios energéticos entre países miembros. Lograr una política común sólida en materia de energía es una prioridad crucial si la UE quiere ser un actor independiente y relevante en la escena internacional, máxime tras la irrupción en el mercado energético de nuevos actores, como China e India.

Geopolítica del gasoducto

Debido a su posición geográfica y su riqueza energética, Rusia es el mayor proveedor de energía de la UE. Los suministros de gas natural ruso son de especial relevancia, pues suponen en torno a un tercio del consumo de la UE. La importancia de la energía en la relación entre Rusia y la UE es enorme por varios motivos. Primero, porque para el Kremlin la energía es una cuestión de Estado que defiende y utiliza como una herramienta de política exterior. Segundo, porque Rusia es el país con las mayores reservas de gas probadas del mundo, con casi el 20% del total, y no existen alternativas fáciles ni baratas. A esto hay que añadir que la creciente importancia del gas, en paralelo al agotamiento de las reservas autóctonas en Europa, aumenta la relevancia estratégica del gas ruso para la UE. En este contexto, Gazprom, la empresa bajo control estatal ruso suministradora y propietaria de los gasoductos que unen Rusia con el resto de los países europeos, ha aumentado en los últimos años su cuota de mercado en la UE siguiendo una política de precios bajos.



Principales rutas del abastecimiento de gas a Europa (2017).

Aunque el gas natural licuado (GNL) haya irrumpido con fuerza en los mercados internacionales, sigue lejos de

ser una alternativa viable que altere sustancialmente las dinámicas comerciales de la UE en materia de energía. Sus principales desventajas son su mayor coste respecto al gas natural convencional como el que exporta Rusia y que la oferta está concentrada en regiones inestables como el golfo Pérsico, lo que no mejoraría la inseguridad energética que sufre la UE. Además, Rusia ya ha desarrollado su propia infraestructura para convertirse en un actor relevante también en el mercado de GNL.

Dicho esto, a pesar de que existe una interdependencia económica entre la UE y Rusia, la relación entre Moscú y Bruselas se ha enfriado en los últimos años a causa de, entre otros momentos de tensión, la intervención rusa en el conflicto en el este de Ucrania y la anexión de Crimea en 2014, a los que la UE respondió imponiendo sanciones. A consecuencia de ello, la UE ha empezado a cuestionarse los principios que regulan la relación con Moscú, y la dependencia energética de Rusia ya no se concibe solo como una preocupación económica sino también como un importante desafío de seguridad.

La gran mayoría del gas natural ruso entra en la UE a través de países de tránsito como Ucrania y Bielorrusia. Sin embargo, durante la última década Rusia ha desarrollado alternativas para diversificar las rutas de suministro a la UE con la construcción de dos nuevos gasoductos submarinos, el TurkStream y el Nord Stream 2. El primero, ya operativo, une Rusia con la red gasística de Turquía a través del mar Negro; el Nord Stream 2, completado al 90%, une directamente Rusia y Alemania a través del mar Báltico. Aunque estas infraestructuras permitirán a Moscú substituir otros corredores como el de Ucrania, Nord Stream 2 es el proyecto que está causando mayores tensiones en el seno de la UE y con socios internacionales.

Un proyecto controvertido

Se espera que el Nord Stream 2 esté acabado en la segunda mitad de 2020. El nuevo gasoducto se ha construido sobre el lecho marino del mar Báltico en paralelo al ya existente Nord Stream y duplicará la capacidad anual de transporte directo de gas de Rusia a Alemania hasta los 110.000 millones de metros cúbicos, suficiente para suministrar gas a unos 52 millones de hogares. El proyecto, valorado en unos 10.000 millones de euros, ha sido financiado al 50% por la rusa Gazprom y al otro 50% por un consorcio de cinco empresas europeas: las alemanas Uniper y Wintershall, la francesa Engie, la anglo neerlandesa Shell y la austriaca OMV.



Mapa del nuevo gasoducto, que pasa por aguas finlandesas, suecas y de la isla danesa de Bornholm.

Desde el principio, el Nord Stream 2 ha sido una iniciativa controvertida. Algunos Estados miembros del este y, en particular, Polonia y los países bálticos, perciben el proyecto como un peligro a la seguridad energética de la UE: otra palanca de presión de Rusia sobre el motor económico y político de la UE, Alemania. Aunque estos temores resultan exagerados, lo cierto es que no son infundados. Las crisis del gas entre Ucrania y Rusia en 2006 y 2009 ya dieron la voz de alarma en las capitales europeas sobre la capacidad y predisposición de Moscú a instrumentalizar las exportaciones energéticas como arma geopolítica, a la par que pusieron de manifiesto la vulnerabilidad energética de la UE. No obstante, en vista de la dependencia económica y estratégica de Rusia del mercado europeo, la voluntad de Moscú parece ir más orientada a dejar la tensión con la Unión al margen del comercio de energía. Por el contrario, para los países del norte de Europa, y particularmente Alemania —el mayor comprador extranjero de gas natural ruso—, el acceso al gas siberiano barato es fundamental para contrarrestar la disminución de la producción autóctona europea, especialmente de Países Bajos.

El debate en torno al nuevo gasoducto ha sido muy diferente dependiendo de los países. En Polonia, el debate público viene de lejos: ha estado dominado por argumentos políticos y plagado de referencias a ejemplos históricos de cooperación entre Rusia y Alemania a expensas de los intereses polacos. Por ejemplo, en 2006 el entonces ministro de Defensa, Radek Sikorski, relacionó la construcción del Nord Stream con el pacto Ribbentrop-Mólotov (1939), por el que ambos países acordaron el reparto de Polonia y la no agresión antes de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, Varsovia también tiene intereses económicos y planes no sólo para sí misma, sino para toda la región: quizá de forma un tanto optimista, quiere convertirse en un centro de importación y distribución del GNL estadounidense y catari, a la par que construye un gasoducto que une Noruega con Polonia vía

Dinamarca, para así no renovar el contrato con Gazprom que expira en 2022.

En Alemania el proyecto tampoco ha estado exento de polémica, aunque el debate ha sido mucho más sosegado y pragmático. El énfasis se ha puesto en la necesidad de tener vías seguras y baratas para la entrada del gas natural ruso. Asimismo, el gasoducto cuenta con apoyo político al más alto nivel, y algunos de sus principales valedores son el exministro de Exteriores Sigmar Gabriel, o el excanciller socialdemócrata Gerhard Schröder (1998-2005), amigo personal de Putin, actual presidente del consejo de administración de Nord Stream AG y bajo cuyo mandato se construyó el primer gasoducto. Berlín insiste en que este no es solo un proyecto alemán, sino europeo, y que complementa, y no reemplaza, a otros ya existentes. Pero pocos fuera del país lo ven así. Y es que Nord Stream 2 tiene también una dimensión política clara, pues ofrece al país germano beneficios económicos obvios: duplica la cantidad de gas natural transportado directamente a Alemania, acaba con los sobrecostes de los intermediarios —como Ucrania, que podría perder varios miles de millones de euros anuales en peajes de suministro— y le permite posicionarse como un nuevo centro de distribución de gas natural para otros países de la UE.

A pesar de no apoyar el proyecto explícitamente y sin competencias para influir en él, la UE ha intentado rebajar el tono de la discusión y evitar que el gasoducto se convierta en motivo de enfrentamiento político entre países miembros. No obstante, en Bruselas no ha sentado bien que la iniciativa se haya llevado a cabo bilateralmente entre Berlín y Moscú y, por tanto, fuera del marco de política energética comunitaria. El temor principal es que la construcción del gasoducto ponga en peligro los objetivos estratégicos de la Unión Energética, dificultando así alcanzar una política energética común, independiente, firme y segura. De hecho, Bruselas y Berlín han negociado una enmienda a la Directiva del Gas para crear un nuevo marco legal común que evite situaciones similares en el futuro.

Petróleo y gas al servicio del zar

El 28 de julio del año 2000, el recién electo presidente de la Federación Rusa, Vladimir Putin, convocó a los veintiún oligarcas más poderosos del país a una reunión en el Kremlin. A pesar del inmenso poder y patrimonio que aquellos hombres acumulaban, ninguno había sido capaz de lograr información sobre el evento. ¿Qué quería el nuevo presidente? ¿Qué era tan importante para reunir a las principales fortunas de Rusia? La respuesta no pudo ser más clara y directa: Rusia debía volver a ser una superpotencia. El gobierno pretendía recuperar el control de grandes áreas de la economía, en manos privadas desde la era Yeltsin. En

palabras del propio Putin, “crear grandes compañías, campeones nacionales, que pusieran los intereses nacionales sobre la maximización del beneficio privado”. Los oligarcas, si querían mantener intactas sus enormes fortunas, deberían a partir de ahora apoyar al presidente en la nueva tarea. Aquellos que se negaran tendrían problemas con el nuevo gobierno. A partir de entonces se inició la tara económica y empresarial con los más ambiciosos de aquellos “campeones nacionales”; gigantes corporativos capaces de actuar como un auténtico caballo de Troya de la política exterior rusa.

Gazprom, campeón entre campeones

El más emblemático de todos estos paladines es, sin duda alguna, Gazprom. Con el título de primera empresa del país, el coloso gasístico cuenta en la actualidad con más de 400.000 empleados y unas ventas anuales estimadas en unos 164.000 millones de dólares. Casi un estado dentro de otro estado que controla el 15% de las reservas de gas mundiales, más por ejemplo que los Estados Unidos.



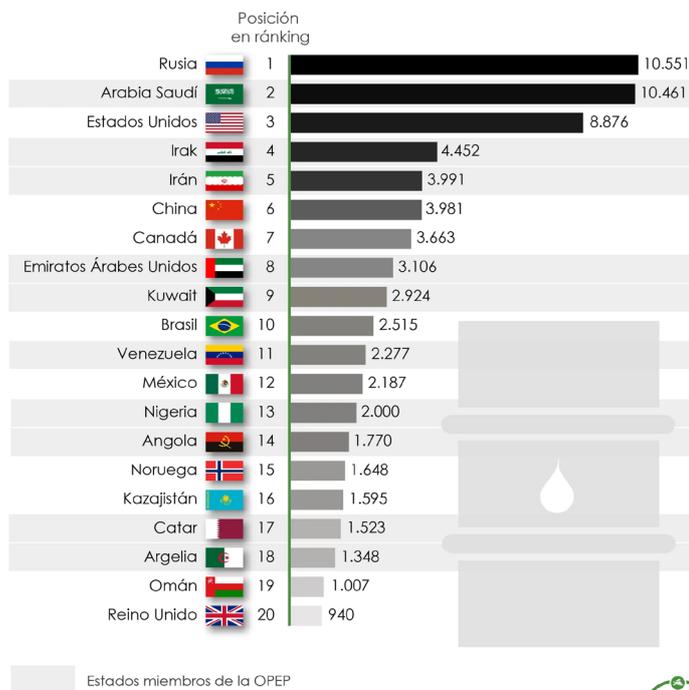
Reservas actuales de gas y petróleo de la empresa Gazprom. Imagen y datos publicados por la propia compañía.

No obstante, la empresa no tuvo siempre una posición tan notable. Como todos los ámbitos de la economía nacional, el sector energético tampoco fue ajeno a los acontecimientos que el país vivió tras el colapso de la Unión Soviética. Los rusos, que durante años habían estado acostumbrados a un monopolio estatal de la energía, vieron como de la noche a la mañana el sector pasaba a manos privadas. Por un lado, el ministerio del gas soviético se descompuso en diferentes empresas afincadas en las nuevas repúblicas independientes. Por otro, dentro de la Federación Rusa, Gazprom, la heredera aquí del ministerio del gas fue rápidamente privatizada. En el proceso tuvo una importancia especial Viktor Chernomyrdin, último ministro de la industria del gas soviética, el cual no estaba dispuesto a perder influencia en el que se suponía iba a ser un muy rentable sector de la nueva economía rusa.

Ya en 1989, el propio Chernomyrdin sería el responsable de la transformación del ministerio en “Gazprom Konsern”. Tres años más tarde, cuando el colapso soviético era ya definitivo, iría un paso más lejos al convertir Gazprom Konsern en una sociedad anónima. Es evidente que mientras para muchos rusos el fin de la Unión Soviética supuso un shock, para Chernomyrdin y su cercano grupo de colaboradores suponía una oportunidad sin precedentes. Tanto fue así que en 1992 el flamante capo del gas era nombrado primer ministro.

Principales extractores de petróleo

En miles de barriles por día



Fuente: U.S. Energy Information Administration (2017)

Abel Gil Lobo
elordenmundial.com



El nombramiento, no obstante, no acercaba la empresa al control estatal. Es más, servía para que Gazprom se convirtiera en un apoyo fundamental del primer ministro y sus ambiciones. Cuando en 1995 Chernomyrdin creó el partido “Nuestro Hogar es Rusia” no es difícil adivinar quién fue el principal contribuyente. Gazprom por su parte, gracias a la especial relación que mantenía con el gobierno, pudo actuar de manera más libre que otras empresas en el mercado energético ruso. Una fiscalidad reducida y altas remuneraciones para sus principales ejecutivos eran la tónica general en la compañía. El modelo era perfecto, Gazprom alimentaba los bolsillos de las élites del gobierno y estas a su vez aseguraban un trato de favor a la empresa. ¿Quién dentro del Kremlin podía desear un sistema más beneficioso?

El gas, un asunto de estado

Como ya hemos visto, Vladimir Putin tenía una idea muy distinta de la relación que Gazprom debía tener con el estado ruso. Si bien es cierto que pretendía seguir

manteniendo un vínculo especial con la empresa, esta debía dejar de estar al servicio de una pequeña élite política. Para Putin era esencial convertir a Gazprom en un instrumento útil para la política exterior rusa. La victoria en las elecciones presidenciales de marzo del año 2000 dio la oportunidad a Putin de poner en marcha sus planes. No obstante, las intenciones del nuevo presidente no eran bien vistas por todos dentro del Kremlin. Es obvio que los que se habían beneficiado de la anterior relación no querían grandes cambios en el seno de la compañía. Es necesario recordar en este punto que Chernomyrdin y Vyakhirev, su mano derecha en Gazprom, no se habían mostrado anteriormente muy amigables ante otros intentos de apartarlos de sus cargos. Por ejemplo, cuando Boris Fedorov, exministro de finanzas y antiguo encargado de la oficina de recaudación de impuestos rusa, intentó realizar una auditoría a la compañía, sufrió una de las campañas mediáticas más duras que los rusos puedan recordar. Incluso, como si de una escena de El Padrino se tratara, alguien envenenó a su perro. Boris rápidamente captó el mensaje: Gazprom era intocable.

El objetivo de Putin, por tanto, no era sencillo, aunque es cierto que la posición del presidente era bastante más ventajosa que la del desafortunado exministro. Tras varios movimientos, en junio del 2000 Putin logró apartar a Chernomyrdin de la presidencia de Gazprom. No obstante, ahora surgía un nuevo problema. Era necesario encontrar gestores, no solo capacitados para el cargo, sino también dispuestos a poner los intereses del estado por delante de los suyos. Finalmente, el hombre seleccionado sería Dmitri Medvédev, el cual ya había trabajado con Putin durante los años noventa en San Petersburgo.

Con el nuevo presidente, el gobierno ruso se lanzaba de manera definitiva a la reconquista de la empresa y de la industria energética. Buena prueba de este cambio de actitud sería el acoso que otras compañías del sector sufrirían a partir de este momento. Por ejemplo, ITERA se había convertido durante los años noventa en el segundo mayor productor de gas del país. La compañía, con sede en Florida, había crecido gracias a sus buenos contactos en Gazprom. La mayor parte de sus asociados eran familiares o amigos cercanos de los grandes oligarcas del gas ruso. Una manera más de repartir beneficios entre una pequeña élite. No obstante, con el cambio en la dirección de Gazprom, ITERA perdió en poco tiempo todos sus contactos. Además, para asegurar la bancarrota definitiva de la compañía, Medvédev ordenó cerrar el acceso de ITERA a la red de gaseoductos de Gazprom. Apartada de toda opción de suministro y transporte, en 2004 ITERA se veía obligada a echar el cierre.

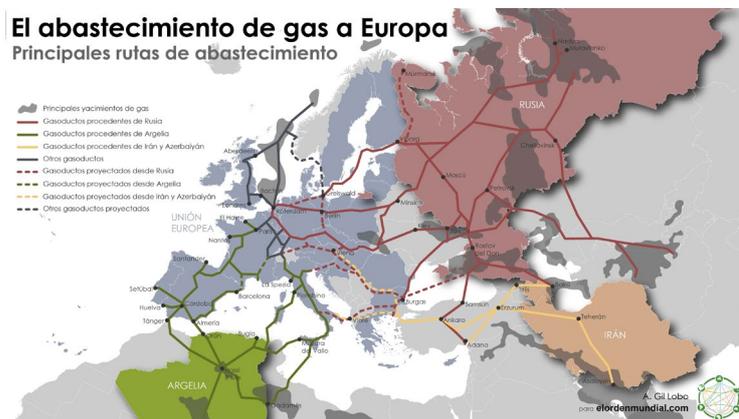
Al tiempo que caían otras compañías del sector, el gobierno lograba tras diversos intentos asegurar un control total sobre Gazprom. En 2005 el estado ruso conseguía por fin la propiedad del 50,002% del

accionariado del gigante gasístico. En pocos años, Putin había logrado crear su “campeón nacional”.

Khodorkovsky contra Putin, o la guerra por el sector petrolero

Vladimir Putin, como ya hemos visto, era plenamente consciente de la importancia del control estatal del gas. Sin embargo, si quería que el sector energético ruso funcionara como una auténtica arma al servicio de la política exterior del Kremlin debía asegurar igualmente el dominio de la industria petrolera nacional. La tarea en este caso tampoco iba a ser sencilla, ya que el sector, siguiendo la tónica general de la era Yeltsin, había sido privatizado. La idea de crear un “campeón nacional” no iba a ser bien recibida aquí por muchos oligarcas.

Un perfecto ejemplo de la guerra que se vivió por el control de este lucrativo negocio es, sin duda alguna, el conocido como Yukos affaire. La compañía Yukos se había convertido en la primera petrolera rusa y la quinta a nivel mundial. Su propietario, Mikhail Khodorkovsky era según la revista Forbes el hombre más rico del país. Todos, desde el gobierno a otros oligarcas, le consideraban intocable. Al fin y al cabo, era de dominio público que los rivales de Khodorkovsky no solían salir bien parados, como por ejemplo cuando el alcalde de Nefteyugansk, ciudad donde la compañía tenía uno de sus más importantes cuarteles generales, había empezado una campaña contra Yukos exigiendo a esta el pago de impuestos. El asunto se resolvió sencillamente con el asesinato del alcalde; nadie tuvo la osadía de hacer preguntas al respecto o de volver a criticar a Yukos.



El abastecimiento de gas a Europa, principales rutas

El poder del oligarca era innegable, atreviéndose este incluso a realizar una política empresarial totalmente alejada de los intereses de Vladimir Putin. Mientras Moscú intentaba construir una industria basada en el interés nacional, Khodorkovsky fomentaba las relaciones comerciales con China y Estados Unidos. En estos años, desde Yukos se llegaría a plantear la idea de vender parte de la compañía a la internacional Exxon-Mobile. Un invitado de lo más desagradable para los intereses energéticos del Kremlin. La guerra por el

control del sector petrolero era un secreto a voces. No obstante, Khodorkovsky no parecía dispuesto a claudicar ante la voluntad de la nueva administración. El magnate, lejos de retroceder, afianzaba su posición firmando un acuerdo de fusión con la petrolera Sibneft, propiedad del ahora famoso presidente del Chelsea Roman Abramovich.

Los movimientos se sucedían en ambos bandos. Mientras Putin lanzaba a la policía contra Khodorkovsky y sus allegados, este proyectaba la construcción de oleoductos por Rusia con el fin de romper el monopolio estatal en el transporte petrolífero. Sin embargo, son muchos los que opinan que el hecho que acabó por precipitar la caída del oligarca fue la clara aspiración de este a suceder en la presidencia a Vladimir Putin.

En octubre de 2003 un acorralado Khodorkovsky convocaba a los medios de comunicación, nacionales e internacionales, a una rueda de prensa. En ella sentenciaría sin rodeos: “Si su objetivo es expulsarme del país o meterme en la cárcel, mejor que me metan en la cárcel”. Tan solo unos días más tarde, el 25 de octubre de 2003, la policía rusa, al más puro estilo KGB, detenía al magnate acusado de evasión de impuestos y fraude fiscal. Poco pudieron hacer los abogados de Khodorkovsky durante el juicio. La sentencia estaba escrita de antemano. El hombre más rico de Rusia fue declarado culpable y enviado a la prisión de Krasnokamensk en Siberia.

La compañía Yukos, hostigada por el estado, se vio obligada a declarar la bancarrota en 2006. A la subasta por conseguir los activos de la quebrada multinacional sólo acudió la empresa pública Rosneft. Los demás oligarcas habían captado el mensaje. Desde ese momento Rosneft se convertía en la principal petrolera rusa. Vladimir Putin se anotaba otra victoria en su pulso por el control energético.

Extremadamente esclarecedoras fueron las palabras de Vagit Alekperov a este respecto. El presidente de Lukoil, la que había sido la segunda petrolera nacional por detrás de Yukos, declaraba sin tapujos: “Nosotros, a diferencia de Khodorkovsky, sabemos cuáles son nuestros límites”.

Por último, desde Moscú, para terminar de asegurar el control definitivo del sector, se emprendía la compra de la petrolera Sibneft. Su dueño, Roman Abramovich, había tomado buena nota de lo sucedido con su colega Khodorkovsky y no puso demasiados problemas para traspasar la casi totalidad de su accionariado a Gazpromneft, filial petrolera del gigante del gas. La buena disposición del oligarca no tardó en reportarle enormes beneficios. Al fin y al cabo, el Kremlin sabe premiar a aquellos que colaboran. En la actualidad Abramovich se ha convertido en el hombre más rico de Rusia.

Rutas del petróleo de Rusia

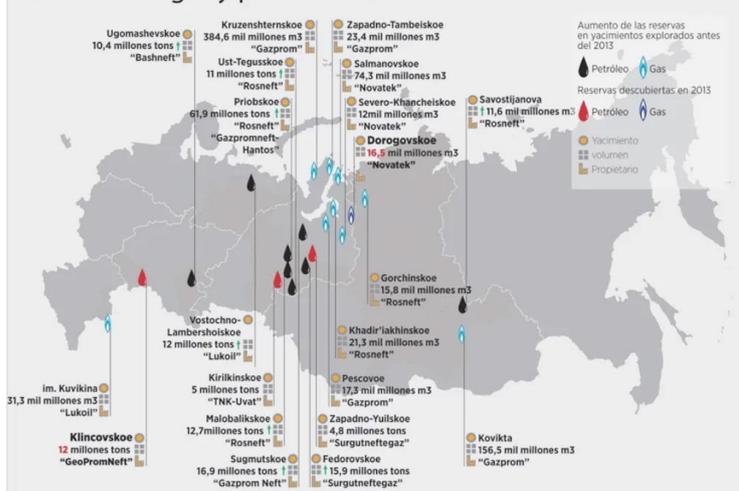
Rusia exporta su petróleo a todo el mundo, pero la mayoría, el 87%, a Europa



El sector energético. El arma más temible del ejército ruso

Ya hemos visto cómo en los últimos años el gobierno ruso se ha empeñado en conseguir un control total sobre los grandes recursos energéticos del país. Es evidente que Moscú aspira a volver a ocupar un lugar central en el orden internacional y los hidrocarburos son un instrumento clave en esta estrategia. Sin embargo, en muchas ocasiones parece que desde fuera este mensaje no acaba de llegar a comprenderse. Rusia lucha por sus objetivos. Es decir, procurará aumentar sus exportaciones de hidrocarburos a la Unión Europea, siendo especialmente susceptible a cualquier cambio en la Europa postsoviética. No olvidemos que estos países constituyen las rutas que aseguran el flujo al lucrativo mercado europeo. Un buen ejemplo de este hecho es la resistencia de Rusia a abandonar su influencia en Ucrania.

Reservas de gas y petróleo en Rusia



Principales reservas de gas y petróleo ruso para el año 2013. Por otro lado, Rusia también va a luchar por mantener su posición de tránsito con los demás productores de Asia Central. Que los gasoductos de transporte pasen por el país garantiza cierto dominio sobre estos potenciales competidores. A este respecto Moscú tratará de boicotear cualquier iniciativa que implique rutas de paso alternativas. Los distintos conflictos de la

región del Cáucaso han sido un buen recordatorio de la vigencia de esta política.

Sin embargo, son muchos los que no ven con buenos ojos la vuelta a la escena global de Rusia, en especial la Unión Europea y los Estados Unidos, que se han mostrado bastante poco amigables respecto a las nuevas pretensiones rusas. Siempre que surgía una revuelta contra los intereses de Moscú ahí estaban ellos para apoyarla y financiarla. Una política bastante comprensible desde la perspectiva norteamericana, pero no tanto desde la europea. Recordemos que la producción en Europa de gas y petróleo no deja de descender, mientras que la demanda, a pesar de la crisis, se prevé al alza. Ante esta realidad, y la manifiesta incapacidad que ha mostrado la Unión para diversificar su suministro, uno no puede dejar de preguntarse si no sería más satisfactorio para los intereses europeos mostrar una actitud menos beligerante hacia Rusia. Al fin y al cabo, la propia cercanía geográfica de ambos les hace tener que cooperar en muchas otras materias además de la energética. De continuar con la actual actitud, Bruselas podría llegar a provocar un alineamiento definitivo de intereses entre Rusia y China, situación que dejaría a Europa occidental en un segundo escalón del sistema internacional. Por nuestro propio bien quizá sea hora de empezar a mirar con otros ojos al gran vecino del este.

Las guerras del gas

No menos cierto es que Washington, en su camino a la independencia energética tras la revolución del fracking, ahora se encuentra en posición de exportar GNL a la UE en grandes cantidades y también trata de ampliar su cuota de mercado. Debido a todo esto, el Congreso estadounidense ha impuesto sanciones como método de presión contra las diferentes empresas europeas participantes en el proyecto, algo que la UE denunció y que Alemania calificó de "injerencia". El suministro de gas natural a la UE se convierte así en un nuevo campo de batalla geopolítico entre Estados Unidos y Rusia, con la UE soportando el fuego cruzado y tensando todavía más el delicado equilibrio transatlántico entre Bruselas y Washington.

El Nord Stream 2 es un puzzle de seguridad y soberanía, solidaridad, competición y necesidades que cubrir; un puzzle muy difícil de resolver donde lo primordial no era construirlo o paralizarlo, sino hacerlo de manera que reforzara la política energética comunitaria. Sin embargo, la cuestión de fondo es el debate sobre la relación que la UE debería tener con Rusia y si la UE está preparada para tener una posición independiente de Estados Unidos en la escena internacional. El gasoducto era una oportunidad de reforzar la unidad europea no solo en materia económica y energética, sino también política, pero a falta de ver cómo concluye esta polémica, la unión está lejos de haberse logrado.